

ÁNGELES CASO

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *TIZIANO Y EL LEGADO VENECIANO*

¿Quién es ese anciano vestido de negro que contempla con intensidad el mundo desde una esquina de una de las más esplendorosas salas de este museo? Cercano a sus 80 años, Tiziano se ha retratado a sí mismo confiriéndose distinción, nobleza, orgullo en el mejor sentido de la palabra. Todo es sobriedad: ropajes negros sobre un fondo gris, una mano aún musculosa que sostiene con firmeza el pincel que no siempre –lo sabemos- sustituye al toque primigenio, telúrico, de sus propios dedos, que manejan los pigmentos, los mezclan, los superponen, los difuminan, con la misma energía con la que Yahvé modeló a Adán en el barro original. La alquimia de la materia contra la materia.

Sobre la pelliza negra brilla levemente, sin presunción, como si fuera algo natural, la cadena de caballero que un día le concediera el Emperador, aquel Carlos que quiso ser retratado tan sólo por él, el captador de las almas a través de la exquisita física de los cuerpos.

Negro sobre gris. Pero, de pronto, la luz cae sobre un rostro que se dora y refulge, como tantas veces se doran y refulgen las pieles que él ha pintado amorosamente una y otra vez. El rostro de Tiziano. Tiene casi 80 años. Es un anciano. Pero no hay decrepitud en él, ni agotamiento de la vida, sino energía y dominio. Posee la estructura ósea de un ser lleno de fibrosa vitalidad, la nariz aguileña, los pómulos salientes, el arco de las cejas bien marcado, y esa mirada que se alza ligeramente por encima del horizonte, con cierta altivez, observando con tanto rigor como curiosidad, interpelando y traspasando la propia luz que tantas veces, a lo largo de su vida, ha sido rival, compañera, enemiga o amante.

Tiziano Vecellio. El gran Tiziano. A estas alturas de su longeva vida, es indiscutiblemente uno de los artistas más reverenciados. Europa se ha rendido a sus pies mucho tiempo atrás. Todos los poderosos se han esforzado por conseguir alguna de sus obras, papas, emperadores, reyes, príncipes, señores de mil y una tierras... Él ha retratado a los dueños del mundo, ha llenado sus palacios de belleza y sensualidad, ha otorgado a sus oratorios y sus iglesias sublimes pruebas de fe y dolor, él les ha conferido más poder a través de los símbolos del poder que ha creado para ellos, de sus alegorías y *poesie* y magníficas expresiones de la riqueza, la dignidad y la majestad.

Grande entre los grandes. Y sin embargo, como ocurre con tantos artistas de aquellos tiempos, apenas sabemos nada de su vida. Pero así eran las cosas entonces. Hoy en día, cualquier creador de relativo éxito, sea en el campo que sea, va dejando constancia -verdadera o falsa- de su existencia a través de las numerosas entrevistas a las que responde, a través de los archivos de documentación de toda clase de bases más o menos fiables de datos, agencias de información o instituciones diversas. Hoy en día, sobre cualquier persona notable, apenas muerta y a menudo aún en vida, se publican biografías y libros de recuerdos. Buscamos la exactitud hasta la menudencia, la explicación psicológica de las vidas que nos resultan admirables o execrables, la universalidad de las personalidades. Pero en el siglo XVI, los únicos hombres cuyos hechos pasaban a la historia eran los príncipes. La vida del común de los mortales no era importante para la memoria histórica. Y los artistas, a fin de cuentas, por muy grandes que fueran, formaban parte del común de los mortales. Incluso Tiziano, por mucho que la leyenda quiera hacernos saber que el propio emperador Carlos se dignó a agacharse ante él para recoger uno de sus pinceles caído al suelo. La obra de los artistas era admirada y codiciada, y los dueños del mundo podían utilizar a sus mejores diplomáticos o a sus agentes secretos para conseguir un cuadro o una escultura, podían

engañar, robar y delinquir por añadir la firma de un artista a su colección, pero ese artista nunca llegaría a ser a su vez uno de los dueños del mundo, sino tan sólo un prestigioso servidor, quizás incluso un genial y respetadísimo servidor. En cualquier caso, alguien siempre necesitado de halagar la vanidad de sus patronos, de plegarse a sus deseos y condiciones para conseguir desarrollar su talento, para llegar cada vez más lejos en esa obsesiva búsqueda de un intangible absoluto que siempre es el trabajo de un creador. También, y por qué no mencionarlo, para lograr honores y riquezas, algo que no está de más recordar al hablar de Tiziano, que, como otros muchos artistas, dedicó numerosas horas de su vida a escribir una y otra vez a sus comitentes reclamándoles el dinero debido, debido y justamente merecido –quiero subrayarlo- por su talento y su esfuerzo. Es curioso: a menudo se le reprocha, igual que a tantos otros, ese afán, diríamos, “recaudatorio”. Como si el arte no tuviese derecho a reclamar dinero a cambio de su plasmación, como si el creador no necesitase materiales para crear, y además un techo bajo el cual dormir, y también ropa, y lentejas, y un trozo de magro de cuando en cuando... Como si Tiziano, o Miguel Ángel o Velázquez no pudiesen aspirar a gozar de una casa hermosa y de una mesa rica. Quizá sea más sugerente literariamente la historia de Luisa Ignacia Roldán, la Roldana, aquella bendita tallista sevillana que llegó a ser escultora de cámara de Carlos II y de Felipe V y que, a pesar de sus obras para El Escorial, para la capilla del Alcázar o para los salones del Vaticano, jamás recibió ni un solo escudo de los reyes, sus patronos, y murió joven, hambrienta y miserable. Quizá sea más sugerente. Pero, desde luego, es más injusta, mucho más injusta. Dejemos pues a Tiziano tranquilo con sus numerosas peticiones de dinero.

Un hombre –o una mujer- encerrado en su estudio, a solas consigo mismo, debatiéndose entre la voluntad y la abulia, entre la razón y el inconsciente, entre la

inspiración y la incapacidad. Un hombre –o una mujer- que sólo escucha su propio yo interior, y desde ese yo se enfrenta al mundo, a las convenciones, a las normas, al poder, para crear un universo personal, innovador, lleno de rebeldía, de llanto y rabia, incómodo siempre para lo establecido y, por ello mismo, importante, valioso, incluso genial. Así concebimos ahora el arte y al artista, en una imagen construida a lo largo del tiempo desde principios del siglo XIX, desde el comienzo de la exaltación individualista y postrevolucionaria del Romanticismo. Beethoven creando a su antojo la música extraordinaria que escuchaba en su cabeza, no la que le encargaban los jefes de la iglesia o los empresarios de los teatros, no la que querían oír en sus salones acolchados los nobles y los príncipes. Por pura ansia de sí mismo y de trascendencia en el universo a partir de sí mismo. Goya, ya viejo, rodeándose en su Quinta de las pinturas que surgían del dolor, el furor y el miedo de su propia mente, y que eran, a fin de cuentas, el dolor, el furor y el miedo más o menos disimulados de todo un país. Dos genios que tienen tantos puntos en común el uno con el otro y a partir de los cuales, en aquel ambiente propicio al arrebatado de lo más íntimo y libre, el arte –y la música- no volverían a ser iguales.

Pero en tiempos de Tiziano, el arte no era así. Porque la vida no era así. Ésa es una de las ideas que más evidentes se hacen tras la lectura de este libro: el veneciano, como la práctica totalidad de los artistas anteriores y posteriores a él durante siglos, pinta lo que le encargan y ateniéndose a las condiciones a menudo muy estrictas del encargo. La obediencia –una palabra que ahora nos suena terrible si la relacionamos con el arte- formaba parte de su mente, estaba incondicionalmente unida a la concepción de su obra, porque probablemente lo estaba también a su concepción del mundo. Y sin embargo, ah, sí, sin embargo, bajo esa química mansa de la obediencia estalla una y otra vez la química brutal de la genialidad. Qué milagro, diríamos nosotros, los espectadores

actuales de ese fenómeno que nos resulta incomprensible. Con la misma naturalidad retrata Tiziano a Carlos V como el último caballero andante en la batalla de Mühlberg, rutilante y victorioso, serenamente imperial, o lo envuelve en un sudario blanco, descalzo y suplicante ante la majestad de la divinidad en esa impactante *Gloria* que, según parece, fue la última visión de este mundo, reflejando ya el otro, que tuvieron los ojos del emperador antes de cerrarse para siempre. Con la misma naturalidad crea para un joven Felipe II, aún tocado por el aura vivificadora del humanismo, aún orgulloso de su propio ardor, las eróticas y bellas *poesie*, avergonzantes, escondidas y sin duda alguna admiradas joyas de las colecciones reales de España durante muchas décadas, y años más tarde transforma para el maduro y tenebroso rey catolicísimo un cuadro originalmente de tema mitológico en esa primera alegoría de la Contrarreforma –y de su aplastante peso sobre nuestro país, podríamos añadir- que es *La Religión socorrida por España*. Con la misma naturalidad hace surgir de la nada la piel suave, dorada y tibia de la Venus que se abraza a Adonis en medio de la tarde ardiente del verano griego, que la piel privada de vida, lacerada y gélida del cadáver de Cristo en el bellísimo *Entierro*. Retrata llena de tranquila altivez a la hermosa emperatriz Isabel o logra que irradie en torno al rostro reconcentrado de María la infinita posibilidad del dolor.

Obras maestras todas ellas. Aplastantes. Indiscutibles por su dominio de la técnica, por su extraordinaria maestría para obtener los colores más hermosos, los tactos más suaves, las miradas más significativas, los cuerpos más deslumbrantes o mejor cubiertos, pero, sobre todo, por su mágica posesión del secreto oculto en la materia: la vibración del espíritu divino -en el sentido platónico, filosofía a la que él, como hombre culto del humanismo, no era en absoluto ajeno-, ese espíritu divino que permanece oculto en la totalidad de la naturaleza.

Obras maestras y, sin embargo, creadas no desde la rebeldía, la indignación o el tormento, no desde la única escucha de la susurrante voz interior, sino desde la aceptación y la obediencia al orden establecido. Creadas para el poder, desde la consciencia de la pertenencia a un mundo organizado y estable, de claras e indiscutibles jerarquías celestiales y terrenales. Un mundo también de opuestos armónicos, en el que las ideas contrapuestas –especialmente en aquella Italia del irrepetible Cinquecento– parecían no sólo convivir en paz, sino lograr incluso ampararse y enriquecerse las unas a las otras: Dios y los dioses, el macrocosmos y el microcosmos, Plotino y San Agustín, la salvación y los placeres de la vida, la insignificancia de la existencia y la desmesura de la ambición, el mayor de los vicios y la más absoluta de las virtudes, el amor sacro y el amor profano... Todos esos opuestos, presentes en la temática de sus cuadros y hasta en la psicología aparente a través de su lúcido y penetrante pincel de muchos de los personajes por él retratados, conforman en sí mismos la obra de Tiziano, igual que conformaron conscientemente el mundo intelectual y artístico de la época e, inconscientemente, supongo, la vida cotidiana de las gentes comunes.

El mundo del Cinquecento, jerarquizado, contradictorio, violento, obsesionado en pos del poder –quizás es entonces cuando surge en toda la Europa occidental la idea moderna del poder, ejercido ya no sólo como un impulso del capricho personal, sino como la posibilidad de construcción de una comunidad sometida a unas determinadas normas de vida- y en pos también de la salvación. El mundo veneciano, la Venecia del Cinquecento, la Venecia de Tiziano, exhuberante y tiránica, expansiva y perseguida, riquísima y mísera, llena de templos y de prostitutas, miles de prostitutas, dicen las crónicas, que recorrían las calles camino de aquellos templos en busca del perdón y, a la vez, en ese ámbito donde todo nos aparece revuelto y al mismo tiempo extrañamente coherente, en busca de la seducción de algún nuevo amante. Las famosas cortesanas

venecianas, hermosas, cultas, libres, las *compagnesse* –como ellos mismos solían llamarlas- de los artistas, los nobles y los literatos, aquellas jóvenes de cabellos sedosos teñidos con el rubio característico de las bellezas de la ciudad, con sus amplios escotes y su descaro de mujeres alejadas de la aburrida virtud de las patricias, de la sosa discreción de las madres de familia de la clase media, pero también de la zafiedad de las mujeres del pueblo o de las pobres ramerías de los burdeles y las tabernas malolientes. Las cortesanas que tanto tienen que ver con la pintura veneciana y con la pintura de Tiziano en particular, a las que él y sus colegas retratan una y otra vez, exhibiéndose satisfechas de su goce de la vida, o soberbias en la desnudez de sus papeles de diosas.

¿Disfrutaría a menudo de ellas, de su compañía entretenida e inteligente y de sus cuerpos libres aquel hombre del que sabemos sin embargo que sufrió tanto al perder a su esposa que incluso su pintura se transformó, volviéndose sus colores menos rutilantes, más pálidos? ¿Conocería de cerca el placer de las bacanales, las ofrendas a Venus que tan extraordinariamente plasmó en sus lienzos? Quizá. No en vano una de las pocas cosas que sabemos de su vida privada es que formó parte de un grupo conocido en toda la ciudad de Venecia como el Triunvirato: el arquitecto y escultor Jacopo Sansovino, el escritor satírico Pietro Aretino y él mismo, tres hombres de enorme talento –y de talante por lo que parece enormemente abierto-, capaces sin duda alguna de debatir toda la noche sobre neoplatonismo, sobre San Agustín y Ovidio, la evolución de las artes o los nuevos descubrimientos médicos, pero capaces también quizá –y al menos en el caso de Aretino podemos afirmarlo a ciencia cierta- de vivir en el mayor de los libertinajes y aspirar sin embargo en la vejez al capelo cardenalicio. ¿Era ese Tiziano que se representa a sí mismo como José de Arimatea sosteniendo el cuerpo yacente de

Cristo en el *Entierro*, igual de contradictorio que su gran amigo? Probablemente. Así eran los tiempos y las gentes que los poblaban.

Eso parece al menos demostrar su pintura, tan vívida en la expresión del placer más extremado como en la de la fe más profunda, igual de intensamente reveladora en la reconstrucción del antiguo mundo mitológico precristiano y por ello mismo premoral, que en la plasmación del misterio del único Dios posible desde el punto de vista de aquel siglo convulsa y fanáticamente religioso que fue el XVI, igual de conmovedora en la descripción del deseo como elemento esencial de la vida de viejas reminiscencias paganas que en la transmisión del dolor, el sentimiento de la culpa, la angustia existencial, la fuente manipuladora de las almas que impregna y da forma a toda la cultura cristiana.

Quizás él vivió así, abrazando a la Venus desnuda y mórbida, entregándose al pletórico éxtasis dionisiaco, para correr luego como Adonis detrás de sus perros, abandonando el cuerpo lleno de luz, camino del sufrimiento, la muerte y la eterna resurrección obtenida a través del perdón, igual que Adonis renació a la vida tras su muerte convertido en flor, un mito que el neoplatonismo cristiano de Marsilio Ficino, que a Tiziano debía de serle familiar, quiso relacionar con la redención. Quizá conoció los infinitos recovecos de la vida, la exaltación y el arrebató, el llanto y el arrepentimiento, el goce perverso del pecado y el terror pervertido a la condena.

O tal vez no. Tal vez fuera un hombre equilibrado y discreto, moderado en las pasiones, templado en los afectos, perfectamente racional y frío, el hombre que se domina a sí mismo, tan lejos del cielo como del infierno. Un creador de convulsiones nunca padecidas en persona. Un fingidor de emociones y sensaciones no necesariamente vividas, como a menudo lo son los artistas, pues el creador –y no nos confundamos a causa del tan contemporáneo gusto por la introspección y lo autobiográfico- parte a

menudo de la nada para crear lo previamente inexistente. Hace surgir desde la nada mundos que sólo existen en ese ámbito irreal, fuera del tiempo, que únicamente su intuición milagrosa es capaz de comprender. Cuestión de empatía e imaginación. Cuestión, al fin y al cabo, de puro genio.

Pero, ¿acaso importa realmente cuáles fuesen sus experiencias o sus sentimientos, cuáles su carácter, sus pasiones o sus abismos? Su tiempo –más sabio tal vez que el nuestro- lo juzgó exclusivamente por su obra. Nosotros, necesariamente postfreudianos, no podemos evitar preguntarnos, interrogarnos sobre el por qué y el cómo. En vano. ¿O no?

Ahí está de nuevo, ese anciano altivo, enérgico, orgulloso y lleno de luz. Negro sobre gris, y el aura luminosa del soplo vital, el espíritu intangible de la materia, emanando de su rostro. Tras él, su obra, un mundo de dioses paganos o cristianos en el que la naturaleza –la esencia de los árboles y los pájaros y los cielos y la luz, la de los átomos que componen los tejidos y los objetos, pero también la de los cuerpos y las almas de los seres humanos- era aún pura y resplandeciente, límpida en una Edad de oro mítica sobre la que no había caído aún el sentimiento del límite vital, del fin del camino, la consciencia de la humana, feroz e inevitable mediocridad.

Pero yo, penosamente contemporánea y postfreudiana, con mi propia curiosidad –tan distinta de la del maestro- auestas y mi tendencia a meter las narices en todas partes, insisto. Y por eso reproduzco aquí, para terminar esta breve reflexión, este texto del erudito Francesco Priscianese, que estuvo un día invitado a una cena en la hermosa casa que Tiziano –gracias por cierto a su tan criticada insistencia frente a los comitentes- poseía en el barrio de Biri Grande, al norte de la laguna veneciana:

“El primero de agosto fui invitado a celebrar esa especie de bacanal llamada Ferr’ agosto. No sé por qué se la llama así, aunque mantuvimos una larga conversación sobre el tema en el delicioso jardín de Tiziano Vecellio, ese maravilloso artista que amablemente brinda las mejores veladas. Con él estaban reunidos –el genio se atrae entre sí- algunos de los talentos más singulares de esta ciudad: primero Messer Pietro Aretino, otro milagro de la naturaleza, y a su lado Messer Jacopo Tati, llamado Il Sansovino, ese gran imitador de la naturaleza por medio del cincel, así como lo es el anfitrión con el pincel. Aunque el lugar estaba a la sombra, el sol aún calentaba, y allí, antes de disponer las mesas, pasamos el tiempo contemplando las vivas escenas de las espléndidas pinturas que llenan la casa, y hablando de ese jardín verdaderamente hermoso... Está situado en un extremo de Venecia, a orillas del mar, frente a la bonita isla de Mrano y otros lugares no menos hermosos. Tan pronto se puso el sol, esa parte del mar se cubrió de miles de góndolas, adornadas con las damas más bonitas y envueltas en los ecos de cantos y música instrumental que aún a medianoche acompañaban nuestra deliciosa cena, tan refinada y bien dispuesta como abundante y bien servida, para no hablar de los succulentos platos y los exquisitos vinos; de este modo, todos los placeres y delicias estaban en consonancia con la calidad del momento, de las personas y de la fiesta.”

Quizás esté ahí todo. El misterio de su obra, igual al misterio de su vida: la belleza, el placer y una cierta dosis también de serenidad. Así al menos me gusta imaginarme al viejo maestro Tiziano, pura energía creadora, grande entre los grandes.